

UN ÉXITO ENORME

ESTÁ ALCANZANDO EL CUARTO  
LIBRO DE LA BIBLIOTECA DE

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

## EL JOVEN MEDARDUS

INSUPERABLE ASUNTO,  
PROFUSIÓN DE FOTOGRAFÍAS

En preparación para muy en breve:

## EL PAGO QUE DAN LOS HIJOS

SEGUNDO LIBRO DE LA  
COLECCIÓN DE  
OBRAS MAESTRAS  
DE LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

Precios populares: UNA PESETA.

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 88

25 cts.



LO QUE LAS  
ESPOSAS QUIEREN

por  
Ethel Grey Terry  
**FilmoTeca**  
de Catalunya



**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO III

N.º 88

**LO QUE LAS ESPOSAS QUIEREN**

POR ETHEL GREY TERRY

«UNIVERSAL» ESPECIAL

Concesionaria:

HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.  
Valencia, 233 — BARCELONA

ARGUMENTO DE LA PELICULA DE DICHO TITULO

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
DOUGLAS FAIRBANKS (hijo)

\*\*\*\*\*

La corriente de la vida en el hogar de Austin Howard, ingeniero, como en infinidad de otros hogares por el estilo del suyo, era apacible y serena... casi demasiado serena y apacible.

A la verdad, la vida en su hogar era tan serena que Clara, esposa de Austin, un tanto inquieta, tenía dificultades muchas veces para



determinar qué era lo que parecía faltarle para ser completamente feliz.

Pero Juan Reeves, el socio capitalista de Austin, gran conocedor del bello sexo, podría haberle explicado a Clara lo que necesitaba para ser dichosa...

Aunque Austin, ocupadísimo en la acumulación de negocios para acumular dinero para su esposa, habría mantenido que ella tenía todo cuanto puede constituir la felicidad de una mujer.

En efecto, Austin no se figuraba ni remotamente que su esposa amada se sentía triste lo mismo si se hallaba él en casa que si se encontraba fuera de ella.

Otra mujer que no fuere Clara habría sabido resignarse a vivir en el ambiente que las múltiples ocupaciones de su esposo, para enriquecer el nido de sus amores, le crease; pero el caso era que ella no era más que una exigente en su cariño... y no le parecía muy halagadora a su amor propio de mujer que se cree hermosa... y que lo sabe porque alguien, además del marido, se lo ha dicho entre palabras de risa y paréntesis galantes, la monótona existencia que le hacía soportar su esposo anteponiendo sus asuntos comerciales a las caricias que ella necesitaba...

Es lo que ocurre, por desgracia, con bastante frecuencia, en muchos matrimonios, pues suele suceder que, muchas veces, los caracteres de las esposas quiebran, por una falsa interpretación de la conducta de los maridos, la más elemental idea de la conservación de la paz del interior edificado con la promesa de amor fiel...

Eso es muy lamentable.

Y eso era lo que empañaba el lar de Clara y Austin... sin que éste notara que lo que deseaba Clara era que él conservase la ilusión que se hace toda mujer antes de casarse, de vivir con el hombre elegido «en un eterno abrazo».

Su parte de razón tenía Clara; pero no por ese motivo debía olvidarse de su sagrada obligación de cuidar de su casa.

De ese olvido de su misión de mujer, sacaba provecho el poco escrupuloso socio de Austin, a quien ella demostraba cierta simpatía, a pesar de sus repetidos atrevimientos...

Austin ignoraba que su socio pudiera llegar en su monomanía mujerlega a cortejar a Clara; y era porque no le creía capaz de tal traición que le rogara varias veces que la acompañase a alguna que otra parte.

De modo que él mismo, con sus ocupaciones, privaba a Clara de su compañía de esposo y la entregaba a la «caballerosidad» de su socio, muy a gusto de éste... y, a juzgar por el rumbo que iban tomando las cosas, con la mejor voluntad de Clara.

Como socio y como amigo, Juan visitaba la casa de Austin, a menudo después de la cena; y mientras el ingeniero se dedicaba al estudio de sus planos, el capitalista empleaba el tiempo en hacer un poco de música o en otra distracción cualquiera con Clara.

En el espíritu sereno de Austin jamás atravesó la idea de la falsedad del amigo ni de la debilidad de la esposa.

Más de una vez Clara, aturdida por las insinuantes miradas y rápidos apretones de manos



de Juan delante de su esposo inclinado a su labor inteligente, había intentado escudarse contra el peligro en el amor de Austin, a quien pedía, en palabras cubiertas, que la auxiliase.

—Austin, ¿puedes abandonar esos engorrosos planos por unos minutos? Voy a tocar esa romanza que te gusta tanto — díjole cierta noche.

—Ahora no puedo, alma mía: quiero terminar con ellos esta misma noche — respondió él.

Así casi siempre, pues pocas eran en realidad las horas que *podía* destinar a su retiro.

Clara hacía un mohín de resignación, como si con él quisiera significar que no era suya la culpa si Juan insistía en sus galanterías.....

\*  
\*  
\*

Austin, como otros muchos maridos modelos, no cesaba en sus labores cuando se marchaba por las tardes de su despacho.

En efecto, cuando no proseguía el trabajo en su casa, volvía a la oficina después de cenar. Un secretario, nunca Juan, lo secundaba en sus estudios extraordinarios.

Entretanto, el capitalista hallaba tiempo de ofrecer a Clara conmisericordias por su soledad debida a la exagerada afición con que Austin desempeñaba su cargo de jefe técnico de la firma que constituyó con él, y se prestaba a sugerirle a ella diversiones.

Juan procuraba ver con la mayor frecuencia posible a Clara no en su casa precisamente, pues ello hubiese podido dar que hablar a la gente, sino en ciertos lugares frecuentados por la sociedad «bien», que era la que le correspondía a él.

Cierta vez, Juan dió cita a Clara en unas carreras, al terminar las cuales le rogó aceptara que la condujese a su casa en su coche.

Algunas damas, maduritas ¡ay!, los vieron juntos al pie del automóvil, y usaron de la tijera.

—Todas se enamoran de Juan, ¿no es cierto? — dijo una.

—¿La puedes culpar? Es una de esas *viudas* circunstanciales... Como su marido apenas se ocupa de ella..

—Amigas mías — intervino una señorita graciosa y simpática —, están ustedes murmurando acerca de cosas imaginarias.

—¡Pero si salta a la vista que Clara simpatica con Juan!

—Pues yo les digo que ella es una mujer que está enamorada de su marido.

Callaron las maliciosas damas y concentráronse sus miradas en la pareja a que antes hicieron alusión.

Clara y Juan seguían todavía cerca del auto y, ajenos a la curiosidad de que eran objeto, contemplaban la puesta de sol en el poético horizonte.

Juan, poniendo en su voz tiernos acentos, dijo a Clara:

—Tan hermosa visión me recuerda un verso que la he dedicado.

—¿Es usted poeta, Juan?

—Para serlo me ha bastado la Musa de su belleza.

—Es usted incorregible en su manera de burlarse de nosotras... Sin embargo, tengo curiosidad por conocer «su verso»...



—Helo aquí:

*...Al caer la tarde... cuando las sombras crecen,  
Más azul parece el cielo del amor.  
Tu dulce mirar mi alma y corazón mecen  
Y sueña en dicha inefable mi dolor...*

—Me gusta, Juan; es usted un artista... muy sentimental.

—El mérito sólo es suyo: yo no hice más que escribir... lo que sus ojos hicieronme sentir...

—En este caso, no publique estos versos sin mi autorización de autor, o le exigiré daños y perjuicios delante de los Tribunales.

—¡Si pudiera pintarse su risa, Clara!

—¡Por Dios, Juan, por este camino pronto voy a creer que soy una Diosal! ¿Quiere usted que regresemos? Austin está por llegar a casa.

—¡Qué lástima que corra tanto el tiempo! ¡Si los hombres pudiéramos hacer lo mismo, mi Clara!

—Por favor, Juan, no se extralimite usted... a pesar de la puesta de sol... ¡Me parece que usted corre bastantel...

Cuando Clara y Juan llegaron frente a la casa de la primera, Austin ya estaba en ella, aguardándola para cenar.

Al despedirse de Clara, Juan le preguntó:

—La veré esta noche, ¿no es verdad?

—No sé, Juan. Austin prometió ir, pero es probable que se ponga a trabajar... Siempre hace lo mismo.

Un criado vino a entregar a Clara un telegrama recibido poco antes, dirigido a su nombre, y mientras Juan se alejaba con su coche, ella enteróse del contenido de aquél a la par que entraba en su casa.

Mucha alegría le produjo la noticia que le traía el telegrama, y apresuróse a ir a comunicársela a su esposo, que a la sazón echaba una rápida mirada a su periódico.

—¡Austin!... ¡Alicia y David van a venir!—le dijo abrazándole el cuello.

Austin no participó en la satisfacción de su esposa; antes bien, parecía molestarle que aquéllos fuesen a su casa.

—¡Al fin se han casado! ¡Ya era hora!... Austin querido, ya sé que no te gusta el carácter de Alicia, pero es mi hermana... y te ruego que la trates bien por mí. Además, debe de haber cambiado una vez casada.

—Lo deseo, Clara... Tu hermana era demasiado alocada y si en algo fuí con ella un poco brusco fué en censurarle su frivolidad. No quiero otra cosa que seros agradable a las dos.

—Gracias, Austin. Pero ¿qué es lo que hacemos? Anda y arréglate... A la señora de Van Dusen no le gustan los invitados que llegan tarde.

—Espera, Clara... Yo no puedo ir. Es preciso que regrese a la oficina esta noche.

—Siempre dices lo mismo, Austin... No es posible hacer nada ni dar palabra a nadie pues a lo mejor tu trabajo lo desbarata todo. Trabajo, trabajo, trabajo. Sólo piensas en eso. ¿Te parece bien que después de haberme hecho la ilusión de asistir a esa cena me haya de quedar en casa... y por añadidura sola?

—Cesen tus lamentos, mujer. Bien sabes, Clara de mi alma, que lo que deseo es que te diviertas. Puedes acudir a la invitación de nuestra amiga.



—¿Contigo?

—No puedo, créeme; tengo otras cosas más urgentes en que pensar.

—Entonces, ¿quieres que vaya sola? No, Austin, eso no sería de buen ver. No tengo más remedio que quedarme en casa.

—No desesperes aún. Juan Reeves debe asistir a esa fiesta, por supuesto, por tratarse de una amistad suya a quien nos presentó. Voy a telefonarle para ver, si él va, si te quiere acompañar. ¿Quieres ir con él?

Clara miró a su esposo reprochándole interiormente su complicidad en arrojarla en los brazos de su pertinaz pretendiente. Vaciló un momento entre aceptar la solución propuesta por Austin y quedarse en casa; pero un irrazonado análisis de la pasión de su esposo por los negocios la hizo inclinarse a mostrarse conforme a que Juan pasara a recogerla.

Austin solicitó del socio y amigo el favor en cuestión y, como era de suponer, Juan tenía sumo gusto en complacerle.

\* \* \*

Austin había salido ya de su casa al llegar a ella Juan.

Clara vistióse con sus mejores galas y con íntimo objeto se placía en mirarse al espejo considerándose muy agradable.

Juan, al aparecer Clara en el salón donde él la esperaba, adivinó su anhelo de que la admirase envuelta en tan magníficas prendas.

Y no le intimidó la reflexión de que sería un villano si burlase, abusando de la inconsciencia de Clara, la confianza del amigo.

Muy recto trató de atender a sus capricho-



Clara vistióse con sus mejores galas y con íntimo objeto...



sos instintos más que a su dignidad de caballero.

Y esgrimió las armas de la conquista ilegal, con mil lisonjas en los labios...

—Hasta hace unos momentos tenía la intención de ir, después de cenar con la señora de Van Dusen, a la Opera; pero todo el atractivo de ir a ese estúpido coliseo se ha desvanecido al verla a usted aquí... admirada sólo por mis ojos que nunca conocieron tanta dicha. ¿Querría usted por piedad acceder a una pretensión mía?

—¿Cuál?

—Que nos quedáramos aquí... solos.

—Qué cosas tiene usted, Juan. ¿Cómo decir a la señora de Van Dusen... a Juan, si llegara inopinadamente...?

—Un repentino dolor de cabeza podría servir de pretexto. ¿Acepta usted, Clara... divina?

—Me lo pide usted con tanta ilusión... que accedo a que cenemos aquí mismo. Sin embargo, impongo una condición.

—Las que usted quiera, Clara.

—Prométame portarse con juicio.

Juan sintióse vencedor. La promesa que le exigía Clara revelaba la seguridad que ella tenía de que él no sería juicioso. Buen principio era fingir querer descartar lo que se deseaba.

—Le prometo lo que desea, Clara—díjole.

Clara dejóse quitar por Juan la suntuosa capa que la cubría con donaire, y empezó el asedio declarado de la mujer del amigo.

Cierto era que Clara no comprendía exactamente la importancia de las libertades que

le toleraba a Juan; y por tal razón éste llegó hasta el extremo de pretender besarla, como si buscase en el ósculo comprometedor el sello que garantizara el pacto de la traición oculta.....

Y a buen seguro que Juan se hubiera salido con la suya, de no haber llegado, sin que Clara pudiera pensarlo, Alicia y su esposo



... y por tal razón Juan llegó hasta el extremo de pretender...

David aquella misma noche. ¡Era una sorpresa!

Hasta que cumplió los veintitrés años, Alicia, la hermana menor de Clara, había pasado el tiempo coleccionando corazones y cartas amorosas... hasta que el destino la puso enfrente de David, con quien decidió casarse.

Experta en flirts, Alicia advirtió en Juan un gesto de disgusto al verlos llegar, y preguntó



con la vista a su hermana quién era él y en voz alta, denotando extrañeza, dónde estaba Austin.

Clara, sin la menor sombra de turbación, presentó a Juan como quien era, amigo y socio de su marido, y luego contestó, refiriéndose a Austin:

--Está en la oficina... como de costumbre. Me dijo que podía hacerme acompañar al teatro por el señor Reeves, su socio, y ahora estábamos precisamente discutiendo si debía yo ir o no... Sí;... no me había decidido aún a causa de mi jaqueca... que ahora, como podéis suponer, es mucho mayor con el motivo de tener el gusto de recibir vuestra visita. De manera que, definitivamente, yo no voy al teatro... ¿No se enfadará usted, verdad Juan, si no voy, y si le suplico que avise a la señora de Van Dusen?

--De ningún modo, Clara; y si me lo permiten ustedes, me disculparé yo mismo también cerca de la señora de Van Dusen, para pasar la velada aquí, mientras regresa Austin.

Complacido en su deseo de quedarse con Clara, Juan telefoneó a la señora de Van Dusen y combinó la conversación de modo que dicha señora pudiese hablar un minuto con Clara, para interesarse personalmente por su salud.

Clara se puso al aparato, apartándose para ello del salón donde quedaron Alicia y David gozando, aprovechando la soledad, de un ratito de luna de mermelada.

Entretanto, Juan osaba sacar partido de la situación de Clara, acariciándola con contenida pasión.

--¡Repórtese, Juan, por favor -- le indicó Clara al colgar el aparato --, y sea usted prudente!

Al día siguiente, Alicia y David estaban confortablemente instalados para una larga visita. Por la noche, Clara y Alicia se preparaban para asistir a un baile de sociedad.

Clara hacía aquella noche los primeros ho-



... Alicia y David estaban confortablemente instalados..."

nores a un precioso vestido de *soirée*, y Alicia le dirigió justos elogios.

--Clara... ¡qué bien te está! ¡Deja que Austin te vea con ese traje puesto!

--No seas tonta, querida... Probablemente ni lo notará.

Para hablar así y entenderse era forzoso



que Alicia supiera lo que le sucedía a su hermana.

En efecto, durante aquel día, Clara se franqueó con Alicia, poniendo de manifiesto, sin quererlo, su simpatía hacia Juan que la libraba del tedio en que la dejaba Austin.

Alicia aconsejó a Clara que obrase con mucha cautela en su trato con Juan y, cosa que sorprendió a la segunda, la dió algunos consejos encaminados a procurar que Austin comprendiese su error. Era un caso de diplomacia femenina.

A juzgar por las apariencias, Alicia había cambiado completamente desde que se casara con David. Las locuras de antaño quedaron olvidadas al borde de la nueva senda emprendida con la fe en el corazón.

Las habitaciones de Clara—Austin y Alicia—David, eran contiguas. La indiscreción de una puerta entreabierta llevó a los oídos de Alicia un cambio de palabras entre Clara y Austin.

—¿Cómo es que no te has arreglado aún, Austin?—le preguntaba Clara.

—No puedo ir con vosotros. Me acaban de llamar para hablarme acerca del proyecto de la Universidad.

—Discúlpate hasta mañana.

—Lo siento, Clara. Trataré de ir más tarde.

—No digas que lo sientes... En fin, no te preocupes... ya me estoy acostumbrando.

—Bien sabes tú que sólo acepto un continuo exceso de trabajo para elevarnos a una sólida posición.

—Sí... Me consta que no me harías caso si

te dijera que con mucho menos me contentaría a cambio de tenerte más a tí.

—Espera, mujer... Día llegará para todo.

—Entretanto.....

—No sigas... Me parece que no puedes quejarte. Sales cuando te place... Jamás te denegué mi permiso. Esta noche, por ejemplo, puedes perfectamente ir al baile con David y tu hermana, puesto que ellos van.

—No... si ya comprendo... Claro que puedo ir con ellos... Es lo que quería decirte.

—Hasta luego, pues.

Alicia, poseída por una idea algo quijotesca, detuvo a Austin en el momento en que iba a marcharse de su casa:

—Austin—díjole resueltamente—, ¿no crees que deberías salir con más frecuencia con Clara?

Austin, cuya enemistad con Alicia seguía en pie, le contestó:

—Alicia, un contrato de matrimonio sólo concierne a dos personas.

La descortesía de Austin hirió a Alicia en lo más hondo; mas ella no le guardó rencor, sino que, al contrario, por su hermana y por él mismo, se prometió vigilar lo que hiciera Clara respecto a Juan.

Pronto se afirmaron sus maliciosas sospechas, pues sorprendió a su hermana telefoneando a Juan.

—Oiga, Juan: Austin no puede acompañarme esta noche al baile. ¿Por qué no viene usted por nosotras?

—¿.....?

—Sola no, Juan. Esta noche es imposible...





... y empezó el asedio declarado de la mujer del amigo.



Quizá otra noche... ¿Qué? Ya hablaremos... Muy bien, le esperamos.

Alicia hubiese podido esconderse para que su hermana no supiera que hubo un testigo de su conversación con Juan, mas no lo hizo porque estaba dispuesta a poner en guardia contra los peligros de la coquetería a su hermana.

—Clara, me sorprendes... ¿No crees que te has desviado de tu ruta?

—Alicia, no te pongas a sermonear. Yo no soy una niña...

—Precisamente por eso me asombra tu modo de ser.

—Hace tres años que estoy casada.

—¿Y qué?.....

—Sé ver por mí misma que Austin ya no me adora.

—¡Clara! ¡Estás loca!

—Calla, chiquilla; hacia aquí viene David.

Juan mecía a Clara en sus brazos, rozando sus cuerpos, muy unidas sus manos, en el vórtice del baile, y le deslizaba al oído sus ansias de amor...

Clara estaba ciega y le escuchaba con deleite.

En el torbellino inquieto de las parejas, ocultábase la mentira... que triunfaba con irónico antifaz.

Pero Alicia no apartaba su vista de su hermana... y vió muy claro el juego.

David, distraído, no prestó atención a la vigilancia de Alicia, ni le sorprendió la precipitación con que se separó de él al aparecer Austin en el fondo del salón.

—Voy a avisar a Clara; ve tú a saludar a nuestro cuñado—le dijo al plantarlo en mitad del baile.

Obedeció David, maquinalmente, mientras Alicia iba a sorprender a Clara en el crítico instante en que, en el invernadero de la casa en fiesta, Juan la besaba en el hombro.

Alicia sabía que los encontraría allí, pues los había visto escurrirse del baile para buscar el silencio.

—Clara, Austin te está buscando—manifestó sin preparación alguna por lo que había visto.

Atemorizada, Clara volvió al salón.

Alicia, a solas con Juan, le reprochó su proceder:

—No me sorprende lo que he visto... Lo único que siento es que mi cuñado tenga un socio que de tal modo le traiciona. Estoy segura de que Clara no se da cuenta de lo que está haciendo. Pero usted, ¿por qué no la deja en paz?

—Podría contestar a usted, señora, que no necesitamos ni su hermana ni yo su opinión; pero me pesaría molestarla con una insolencia... porque es usted, como su hermana, realmente encantadora. Le agradeceré, pues, olvide lo que haya visto, y me honraría muchísimo en aceptar mi amistad.

—Haga usted el favor de no tocarme. ¡Es usted más peligroso de lo que yo pude figurarme!

—¡Oh, se equivoca usted!

De súbito, Alicia palideció: Austin se presentaba en el invernáculo. Buscaba a Clara, mientras Clara lo buscaba en el salón.





—Clara, Austin te está buscando.....

Al ver a Juan con Alicia, Austin no supo disimular un gesto de disgusto y avanzó hacia Alicia con rostro grave.

—No se ponga tan serio, viejo — le dijo Juan, bromeando —. Estamos hablando de cosas interesantes.

—Coqueteando, querrá usted decir, ¿no? Siempre ha sido su lado flaco. Pero tenga cuidado... su marido tiene muy mal genio.

—¡Caramba, Austin! Por haber matado un perro no me llame usted mataperros, como dice el vulgo.

—Es un consejo.

La mirada de desprecio que le dirigiera Austin antes de salir, hizo mucho daño a la excelente Alicia. Pero, ¿qué podía importarle a ella el afecto de Austin si sacrificándolo aseguraba la paz en el hogar de su hermana?

Clara, fingiendo a la perfección, dió muestras de gran contento al encontrarse con su marido, y éste, para no quitarle esa alegría que creía sincera, callóse la mala impresión que le había causado el haber visto juntos, en sitio de misterio, a Juan y Alicia.

Tan pronto como pudo, Alicia, en casa, reprendió a su hermana ásperamente.

—No... no digas más, Alicia... Juan me simpática, pero no me voy a escapar con él.

—Pero lo que estás haciendo puede conducirte a algo peor. Piensa en Austin.

—¿Acaso piensa Austin en mí? No quiero ser un pájaro en una jaula de oro... una especie de adorno sin libertad.

—Estás desconocida, mi buena Clara.

—La vida me ha enseñado muchas cosas.

—¡Oh, ingenua frase! Tú desvarías.



—Haces mal en'creerme irreflexiva.

—¡Es que si no tuviera la seguridad de que más tarde o más temprano caerá la venda que cubre tus ojos, ahora mismo pondría al corriente a Austin de lo que tú estás haciendo!

—¿Y con qué derecho harías tú tal cosa?

—Clara, hermana, no hablemos más de este asunto... Yo creo en tu bondad.

Y así fueron pasando los días sujetos por un hilo finísimo que amenazaba quebrarse y precipitarlos a todos en la tragedia.

Cierta noche, por una parte, Juan telefoneó a Austin, que se encontraba en su oficina con David—pues se habían hecho muy buenos amigos—, que era necesario aplazar la cena convenida con un cliente, pues se sentía mal.

Austin insistió para que si la indisposición no era de cuidado, hiciese un sacrificio para atender debidamente aquella misma noche al cliente en cuestión.

Juan excusóse de nuevo pretextando que no tenía la cabeza para tratar asuntos comerciales del interés que revestia el que le iba a proporcionar el precitado cliente.

Por otra parte, Alicia regresaba a casa de su hermana, acompañada en automóvil por la señora de Van Dusen.

—¿Por qué no trae a su esposo y a Clara esta noche a mi casa?—preguntóle muy amable la viuda.

—Lo siento, señora, pero David y Austin van a permanecer en la ciudad esta noche.

Apenas en la casa, una doncella anunció a Alicia que su esposo, David, acababa de avisar por teléfono que, contrariamente a lo que habían previsto Austin y él al mediodía,

irían a cenar en casa, por haber cancelado la entrevista que tenían que celebrar aquella noche.

Alicia encargó a la doncella que avisara a su hermana Clara.

—...No, señora; la señorita no está en casa —contestó la doncella—. Avisó que estaba en casa de la señora de Van Dusen y que se quedaría a cenar allí.

Alicia ocultó su asombro a los ojos de la criada, y cuando estuvo sola, dijo para sí: «Clara sigue tan mal camino, que en una hora mala es capaz de perderse para siempre. Salió de casa so pretexto de cenar con la señora que precisamente acabo de ver ahora mismo. Bien se ve dónde está. ¡Si Austin se enterase!»

Sin pérdida de momento, Alicia se puso en defensa de su hermana.

Funcionó el teléfono.

—¡Ojalá! ¿Está el señor Reeves?

—No, señora, no está en casa. ¿Qué deseaba usted?

—Iba... iba a cenar con él.

—¡Ah! Sí... sí, señora... en su casa de campo, aquí no.

—Muchas gracias.

Sus dudas eran, pues, fundadas; y como conocía la casa de campo del falso amigo, se dirigió prestamente a ella con el afán de evitar un peligro a Clara.

Las cosas se complicaron en el despacho de Austin, donde llegó el cliente con quien debía tratarse el asunto importantísimo a que se ha hecho repetidamente alusión.

—Me marchó para mi pueblo mañana y me



interesa dejar arreglado este negocio esta misma noche—dijo a Austin.

—Es el caso, señor, que mi socio, el señor Reeves, que usted ya conoce, está enfermo. Creí que él mismo le había telefonado para rogarle que aplazara la entrevista.

—No he recibido ninguna noticia de dicho señor ni de su parte... pero habría sido lo mismo, porque irremisiblemente he de marcharme mañana.

—Está en mi ánimo complacer a usted; de modo que iré a casa de mi socio y nos encontraremos todos en el hotel dentro de una hora.

—Les espero en mi habitación.

Austin y David no hallaron a Juan en su casa y, pensando el primero que tal vez para reponerse había ido a pasar la noche al campo, lanzaron su automóvil hacia la quinta.

Clara había llegado ya a la casa de campo y esperaba en el interior a Juan.

Alicia llegó poco después de ella y al ver allí, como lo había temido, a su hermana mayor, le reprochó en una fiera mirada su indigna conducta.

—¿Qué haces aquí?

—¿Y tú?

—¿Viniste para que ese canalla te hundiese en el fango de la vileza?

—Lo mismo que tú, sin duda... ¿o es que me estás espiando?

—Clara, no soy lo mujer que tú eres y, sin embargo, comprendo mejor que tú lo que haces. Sólo estoy tratando de salvarte de algo que tú misma no ves... porque estás ciega.

—No estoy ciega... ni soy, te lo repito, nin-

guna niña, y, además, Juan es un perfecto caballero.

—Revoco con toda mi alma la opinión que te merece ese hombre.

—¿Por qué hablas así de él?...

—¿Quieres saberlo? Será lo mejor para convencerte de su falsa actitud. Tú no serías para ese hombre, mi Clara, más que una conquista más.

—¡Alicia, me ofendes!

—Alicia sabe que no se equivoca. ¡Atención! Alguien se acerca. ¿Será él? Ocúltate detrás de ese cortinaje y sabrás quién es ese repugnante caballero.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya lo verás. Fía en mí.

Juan apareció. Acababa de llegar, con retraso de la hora de la cita con Clara, debido a haberle cerrado el paso en un atajo un carro cargado de paja por haberse desprendido de su eje una de las ruedas.

Alicia, sentada cerca del cortinaje que ocultaba a Clara, aguardaba que él la reconociera.

Eso no se hizo esperar, con visible satisfacción por parte de Juan.

—¿A qué bondad de la Fortuna debo este gran placer?—preguntó él, acercándose, lleno de ideas aventureras, a Alicia.

—¿Qué... no le es agradable mi presencia aquí?

—¡Quién lo duda, hermosa criatura! Pero...

—Clara no pudo venir, de modo que... que...

—Sí, vino usted para que no estuviera triste...

—Por algo así fué...

—Se lo agradezco con alma y corazón. Y



no podía ser esta embajada confiada a mejores manos que sus manos de nieve y rosas de amor... Algo poderoso me domina cada vez que la tengo a mi lado, desde aquella noche en que tuvo el valor de censurar mi atrevimiento con su hermana. Su paso por mi vida ha dejado el rastro perenne de una muda admiración. Y aquella misma noche compuse, pensando en usted, estos versos:

*...Al caer la tarde... cuando las sombras crecen,  
Más azul parece el cielo del amor.  
Tu dulce mirar mi alma y corazón mecen  
Y sueña en dicha inefable mi dolor.*

—Sus versos me llegaron al alma, Juan. Su lenguaje es elocuente... Hablan de...

—De amor, sí, Alicia, porque la amo a usted sobre todas las cosas.

—¿Más que a Clara?

—¡Oh, mi Alicia, a tí con loca pasión!

—¡Farsante!—gritó, apareciendo temblando toda, Clara.

—¿Qué? ¡Ah, se han burlado ustedes de mí Y, ¿con qué objeto?

—Para que sepa usted, por boca de dos mujeres, que un hombre de su clase merece ser abofeteado—dijole Alicia dispuesta a unir el gesto a la palabra.

Pero se calmaron los excitados ánimos al oírse el ruido del motor de un automóvil que se detuvo junto a la casa de campo.

Juan salió a ver quién llegaba y, presa de temor, informó a las dos mujeres que eran Austin y David.

Con el espanto que se supone, Alicia y Clara se ocultaron detrás del mismo cortinaje que encubrió antes a Clara,

Austin entró solo en la casa. Juan simuló que le sorprendía su visita.

—Juan, lo siento si se halla malo, pero es preciso que regresemos a la ciudad a ver a nuestro cliente.

—¿Podrían esperarme en la ciudad dentro de una hora? Estoy esperando a mi médico.

—No puede ser, Juan; comprenda usted lo que representa el negocio de que se trata. Además, por lo que veo, no me parece usted muy enfermo. Ea, deje usted sus líos para mejor ocasión.

—Es que...

—No disimule usted conmigo... No nos conocemos de ahora, precisamente... ¿Qué es lo que veo?

—No ha podido usted ver nada.

—Juan, ese bolsito me parece muy conocido. ¿Me permite que lo vea?

—Es un recuerdo sin importancia que guardo por aquí.

—Repito si me permite verlo.

—Si tanto le interesa...

—¡Cómo! ¿Está aquí mi mujer?

—Se pone usted pesado, Austin, con sus preguntas y me ofende usted con lo que en estos momentos supone.

—Juan, estoy pensando que es usted un sinvergüenza y, o usted lo hace o yo mismo arranco ese cortinaje que se mueve. ¡Pronto!

Clara estaba pálida de muerte, por ser ella la culpable; Alicia, más serena, con esa serenidad que da la inocencia, se aprestó de nuevo al sacrificio.

Y apareció ante Austin, cuando éste, con furor, iba a echar al suelo el cortinaje.



Tranquilizáronse a la par Juan y Austin, y éste, con desprecio y repugnancia, dijo a Alicia:

—Esperaba algo por el estilo. Recién casada y ya en busca de conquistas. En lo sucesivo conducirás tus intrigas amorosas desde otro hogar que no sea el mío... Y usted, Juan, cuando hayamos acabado el negocio con el cliente que nos espera, se buscará otras conexiones comerciales.

Algo más grave aun tenía que ocurrir, y ello fué la aparición inopinada de David.

—¿Cómo tú aquí, Alicia?—preguntó a su esposa.

—No puedo explicar ahora, David.

—¿Qué significa esta escena, Austin?

—No sé, David—respondióle compungido Austin—; la hallé aquí con mi socio.

—¿Con este imbécil?—exclamó David—. ¿Y qué hacía aquí mi esposa con usted, eh?

—Si desea usted una explicación, puede usted...

—¡Maldito seas, bribón!

Cegado por la cólera, David abalanzóse a Juan y lo derribó de dos sendos puñetazos en pleno rostro.

—¡Largo de aquí!—gesticuló luego dirigiéndose a Alicia, quien, aterrorizada, huyó hacia la casa de su hermana, confiando que allí, con más calma, una explicación general lo pondría todo en claro.

Austin y David, aquél conteniendo a éste en sus arrebatos de desesperación contra los supuestos burladores de su honor, regresaron también a la ciudad.

Y Clara, en un supremo esfuerzo de volun-

tad, cobró coraje para poder llegar, huyendo de la casa del hombre maldito, hasta su hogar.

David quería ver a su esposa; pero Austin, comprendiendo que el carácter recio de su cuñado no era a propósito para solucionar un caso de tal importancia, se opuso a su primera intención.

—¡Espera, David; sositégate antes de tomar resolución alguna!

—¡Quiero separarme de ella! ¡Y yo que estaba seguro de que me amaba!

—Permanece aquí... yo mismo solventaré este asunto.

Austin entró en la habitación de Alicia y en ella vió a su esposa, que acababa de llegar, sin advertir en su rostro sus desencajadas facciones.

—David me ha pedido que me vea contigo—dijo Austin a Alicia en presencia de Clara, que pasaba por la mayor de las torturas ante el martirio de su hermana—. Es preciso que te marches en el acto. Naturalmente precisarás de dinero...

—¡Quiero ver a David!

—Es inútil... va a establecer demanda de divorcio en seguida.

Clara no pudo reprimir una súplica a Austin.

—Austin... Austin... yo... yo...

Iba a hablar la culpable arrepentida, pero no pudo, y su cuerpo desplomóse al suelo vencida por la terrible lucha que sostuvo.

Alarmadísimo, Austin tomó en sus brazos el cuerpo inmóvil de su mujer y lo llevó a su habitación.

David interesóse por lo ocurrido.



—Tu esposa ha hecho esto—le dijo Austin. Y esta nueva desgracia causada por la su- puesta inconstante, llenó ¡aún más de odio el espíritu de David y avivó sus instintos de ven- ganza.

Entró, pues, en su habitación.

—El mundo entero has arrojado sobre mi cabeza con tu mentira de amor. ¡Eres una



Austin tomó en sus brazos el cuerpo inmóvil de su mujer y lo llevó a su habitación...

mala mujer!—dijo a Alicia.

—David, ¿por qué no me crees? Mis inten- ciones fueron buenas; por eso estaba allí.

—¿Creerte, cuando has violado hasta tus votos matrimoniales?

—¡David, por favor, escúchame! Te diré toda la verdad... Necesito que la sepas... pero tú solo...

—¡Calla! ¡Calla! ¡Te aborrezco! ¡Y me ven- garé, te juro que te acordarás de mí! ¡Mucho te he amado pero mucho más te odio! ¡Oh, cuánto te odio!

..... Gritó Alicia..... Sus gritos llegaron hasta la habitación de Clara donde Austin había lo- grado reponerla.

Clara, asustándose y temiendo la brutalidad de David, aplicó su oído a la puerta del cuarto de su hermana. Austin hizo lo mismo.

De pronto, Clara, llorando, postróse de hi- nojos ante su esposo y le imploró:

—Austin, Austin... ¡La está pegando! ¡Haz que la deje en paz!

—¡Déjalos!

—¡No, Austin... yo soy la culpable! ¡Yo era la que estaba allí! ¡Austin... haz que no la golpee más!

—¡Horror!—gimió Austin—¡David! ¡David! ¡Alicia es inocente! ¡Detente!

David no le oía y Austin tuvo que derribar la puerta para llegar a tiempo de evitar la tragedia.

—David, estábamos equivocados... ¡lo hizo para salvar a Clara!

Todavía presa de fuerte excitación cerebral, David huyó de la casa arañándose el rostro y en una loca acometida de arrepentimiento se arrojó al paso de un automóvil, y aunque bus- cara la muerte, sólo recibió algunas heridas.

Alicia y David en camas hermanas, sana- ron, después de larga cura, de sus respectivas heridas.

David, en el delirio de los primeros días de sus heridas, pedía que le dieran muerte. ¡Pen-



saba que jamás obtendría el perdón de Alicia!

Pero con la mejoría de ambos volvió la calma a su espíritu y mutuamente soñaron en voz alta que seguirían amándose como nunca.

Y David hizo la solemne promesa de cortarse las manos antes que emplearlas a otra cosa que no fueran caricias en lo que hacía referencia a su mujer.

Clara contó a su esposo punto por punto su amistad con Juan, y como no existía más que culpa superficial, Austin perdonó, reconociendo que las esposas lo quieren todo... pero bien repartido, es decir, cariño, y, si cabe, riquezas, pero de preferencia cariño, que con él se vive más a gusto, pues es mejor que las riquezas, ya que con ellas no se puede comprar.

FIN

(Prohibida la reproducción)

---

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

---

PRÓXIMO NÚMERO

## Una novia para dos

finísima comedia gentilmente interpretada por  
la monísima VIOLA DANA

¡GRAN ÉXITO!

POSTAL-FOTOGRAFÍA: ANITA STEWART

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

Precio, 25 Cts.

---